



Estampa de un pueblo vacío

El azote de la COVID-19 cambió la vida en Zaza del Medio, obligó a aislar cuatro áreas y activar una vigilia que tiene en jaque al poblado

José Luis Camellón Álvarez

A media tarde, el fantasma de la soledad se adueña de Zaza del Medio, ni los perros deambulan por sus calles. Algo así como un desierto humano donde la vida se refugia desde hace días puertas adentro; quién sabrá cuántos tormentos y preocupaciones rondan a esos pobladores que encontraron el justo equilibrio entre la tierra y la modernidad, e hicieron de la otrora comarca de vegueros uno de los poblados peculiares de todo Sancti Spíritus.

Ni el más avezado de los zaceños sabía la dimensión exacta de vivir el aislamiento; de sentir en carne propia el desasosiego que provoca asomarse a la puerta y ver esas barreras que ponen límites a la movilidad; de acudir a otro campesino para que le ordeñe la vaca, o le dé una vuelta a la finca; es que salvo los servicios vitales, casi todo el pueblo respira el impacto de la pandemia.

Para muchos, ni el espanto por la célebre caída del puente sobre el río Zaza a raíz de aquella soberbia crecida se compara con la estampa de pueblo vacío provocada por un virus microscópico, pero con una capacidad de transmisión que no reconoce límites, profesiones, ni edades. Y lo que empezó con un paciente positivo, contagiado en Sancti Spíritus, se propagó con la misma fuerza de los voladores en tiempos de parranda, al punto de convertir a Zaza del Medio en uno de los focos del rebrote de la enfermedad con 13 casos confirmados al nuevo coronavirus hasta el pasado martes.

CONFINAMIENTO LOMA ARRIBA

Mientras más se empuja la calle Miguel Coyula, sube de tono el peligro y justo por esta arteria que parece usar la montaña como espaldar brotó la COVID-19 y su contagio. Habrá que ir pensando en modificar ciertas costumbres o hábitos de vida, pero en Zaza del Medio sucede lo que en todas partes y nadie, hasta ahora, ha dejado de compartir



En las áreas restringidas, donde residen más de 700 personas, se mantienen la vigilancia y el control sanitario. /Foto: Vicente Brito

sillones y tertulias en los portales, o hasta la taza de café por la cerca del traspatio.

El escenario de familiaridad nos hace vulnerables al SARS-CoV-2, más si le ponemos como aliño los excesos de confianza y la debilidad en el rigor de las medidas; una lección que grabó para siempre Mirlaine Rodríguez, “porque mi familia fue sospechosa como a los cuatro días de confirmarse la enfermedad en el barrio. Sí imaginé el peligro, hasta sentí mucho temor, figúrate, son los vecinos de nosotros; entonces mi esposo empezó con síntomas, a él lo llevaron para el Hospital de Rehabilitación en Sancti Spíritus y a mí, para un centro de aislamiento en Taguasco.

“Viví días de mucha tensión, a la espera de la respuesta de los dos PCR, únicamente el trato maravilloso que nos ofrecieron nos daba fuerzas para soportar esa angustia; con sinceridad digo que no tengo palabras para

agradecer tanta atención. Cuando vi llegar a la enfermera con los resultados del segundo PCR, no sé, me dio por correr para dentro del cubículo; no sabía si quería oír la respuesta; luego escuché: ‘se van, se van’, ¡qué alegría!”.

También de regreso a la principal zona restringida luego de permanecer varios días en un centro de aislamiento y resultar negativa a los dos PCR, la joven de 19 años Rosángel Sánchez Cancio parece presa todavía de la preocupación, “porque los nervios te traicionan, lloré mucho, pensando en mi familia..., aprendí lecciones, tenemos que cuidarnos; se acabó el compartir el cafecito por las tardes, habrá que ver después cómo lo haremos”.

LA PESQUISA NO REPOSA

La licenciada en Enfermería Zoraida Oviedo García no ha tenido sosiego tras desatarse el contagio en su propio barrio, entonces entre las calles Miguel Coyula, Marta Abreu

y Maceo surgió la primera área de restricción que involucra a más de 400 pobladores.

“La primera pesquisa fue fuerte, mucho interrogatorio, observación y hasta tocar al paciente, casi me vuelvo doctora aquel día; a partir de ahí, junto a la especialista en Medicina General Integral María de los Ángeles Pérez, la hacemos diariamente para detectar cualquier sintomatología, solo en esta área se han reportado 11 casos positivos. Los vecinos han sentido temor, no le puedo decir otra cosa, fíjese que ellos mismos pedían que les hicieran PCR, ya a todos los del área restringida se les hizo la prueba. Pasó algo muy lindo cuando llegó la guagua con niños y otros pacientes de alta del centro de aislamiento: la algarabía fue inmensa, aplausos, tocaron cornetas, calderos, se les salían las lágrimas”, relató la enfermera.

“Nunca caminé tanto el pueblo como en estos días”, revela con rostro de agotamiento Luis Orlando Gómez Castro, presidente del Consejo Popular en la localidad. Vuelve a mirar ese paisaje que se sabe de memoria, lo mismo de día que de noche: “Impacta la imagen de las casas con las puertas cerradas, duele cada paciente enfermo, pero se ha trabajado duro para contener el contagio y garantizar los alimentos y otros productos a los pobladores de las áreas restringidas; puedo decir que el desvelo del equipo de compañeros que se ocupa del enfrentamiento a la pandemia es admirable; si todos somos disciplinados, Zaza se recuperará”.

Reidiel García Hernández, el divulgador cultural que casi ha puesto al aire una emisora de radio criolla, no escatima hora ni día en su afán de transmitir cuanta medida sea de interés para los zaceños. “La gente agradece esa información, hasta nos piden a veces que la repitamos, pero es curioso que, aún en medio de esta gravedad, los vecinos preguntan cuándo volverán las parrandas; claro, hoy lo que hace falta es responsabilidad, pero la gente confía en que le pondremos punto final a la pandemia”.

Mansito en zona roja

El fomentense Rigoberto Vidal es uno de los galenos espirituanos que prestan servicio en la lucha contra la COVID-19 en Ciego de Ávila

Texto y foto: Ortelio González Martínez*

Es tan famoso que, según dice, duda de que alguien sea más conocido que él en el poblado espirituario de Fomento y en el hospital Ricardo Santana, de ese municipio, donde labora desde hace más de dos años como especialista en Medicina Interna.

Dice ser una persona afortunada porque cuenta con el cariño de la gente, de muchísimas personas, tantas que si se lo propone podría llegar a gobernador del pueblo, comenta mientras ríe. Y yo, con algunos conocimientos de las elecciones de mi país, le repito: podrías. ¡Cuántos médicos no lo son!

“Posibilidad tengo, porque soy el delegado de la circunscripción 30 de la zona de Quemadito —comenta—. Allí represento a 1 280 personas, pero no podré ser delegado en lo adelante, porque me mudé para el poblado de Fomento y porque espero a que me llamen para salir de misión internacionalista.

—¿Otra más? Las que vengan. Un integrante del contingente Henry Reeve tiene que estar preparado para lo que sea; para ir al cosmos, si fuera necesario.

Es tan afortunado este médico, tan andador este Mansito —como lo conocen en la

comarca—, que a sus 50 años ha recorrido medio mundo, con unos cuantos matrimonios y unos cuantos hijos —cinco, para ser más exacto—, nacidos acá, allá y acullá, incluido uno oriundo de Gabón, a donde fue a curar personas, en los años 2011 y 2012.

Guinea-Conakri y Angola; el Hogar de Ancianos de Santa Clara y Sancti Spíritus cuando el rebrote. También están en la hoja de ruta de este hombre ser buen luchador del estilo libre en la época de escolar, insuperable jinete y excelente bailarín, tanto que “donde suene una lata, búsquenlo, que ahí está Mansito”. ¡Ah!, olvidaba decir que en el antebrazo izquierdo lleva tatuado un corazón, un electrocardiograma y un estetoscopio. Todo tiene que ver con la profesión que eligió para toda la vida.

Realmente, no lo creí muy mansito cuando momentos antes de la conversación lo vi subir por la escalera que da a la recepción del Hotel Ciego de Ávila, donde se hospedan los integrantes del contingente médico que llegan desde otros territorios a tenderle la mano solidaria a la provincia avileña, sitiada por el azote de la enfermedad.

Entró campechanamente hablando, con una maleta rodante llena de corazones, vestido con ropa verde, peludo, desaliñado, espejuelos, ojos saltones y de cansancio,

porque lleva 15 días de trabajo en el hospital Antonio Luaces Iraola, institución todavía herida, enferma, a causa de la pandemia.

“Yo casi salía para otra misión y apareció la COVID-19. Retuvieron la salida y después me dijeron: ‘Te vas a Ciego de Ávila’, y aquí estoy”.

Parece que Mansito trae los recuerdos dentro de la maleta, la misma que lo acompaña en todos los viajes, no sabe si por superstición o porque no le da importancia a aquello de que el hombre se conoce por el equipaje.

Lo que no dice, porque tampoco va a andar quejándose por cualquier ordenanza, es que trabajó en la zona roja del hospital Antonio Luaces Iraola, pero no le teme a una rutina que por mucho practicó cuando el Ébola en África.

Del hospital avileño, donde más de 100 trabajadores, médicos y paramédicos fueron declarados sospechosos en diferentes etapas, con varios casos positivos al SARS-CoV-2, solo le preocupa la baja percepción del riesgo, incluso entre los propios profesionales de la salud. “Ese pudiera ser mi único reproche, porque viví en carne propia cuando la gente allá, en África, daba unos pasos y caía sin salvación. Y no quiero que eso suceda aquí, menos porque alguien no cumpla con las



Lleva los recuerdos dentro de la maleta que lo acompaña en todos los viajes.

medidas de protección.

La inesperada cordialidad reflejada en sus ojos, en su hablar, me hacen pensar en que me equivoqué con Mansito —Rigoberto Vidal Mansito Pérez—, por no creerle un hombre manso cuando entró al hotel Ciego de Ávila, pero en poco más de una hora de conversación supe a ciencia cierta por qué hasta pudiera postularse.

*Corresponsal del periódico Granma en Ciego de Ávila